UN PACTO CON EL DIABLO

JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS

NOVELAS en TRÁNSITO

Esta colección ofrece un recorrido indispensable por la novela corta en México. Las primeras historias ven nacer el México independiente; las últimas, el país que surgió de la Revolución armada de 1910 y sus consecuencias culturales. No importa que las novelas vayan ligeras de equipaje, seguramente el viaje será largo.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

FILOLÓGICAS

UN PACTO CON EL DIABLO

JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS

Braulio Aguilar
Presentación

Braulio Aguilar
Martha Lucila López F. y
Eduardo Yólotl Rosales L.
Edición y notas

Novelas en Tránsito
Primera Serie

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

NOVELAS EN TRÁNSITO
Primera Serie
Gustavo Jiménez Aguirre, *director*

CONSEJO EDITORIAL
Gabriel Manuel Enríquez Hernández, Verónica Hernández Landa Valencia, Gustavo Jiménez Aguirre, Américo Luna, Esther Martínez Luna, Mariana Ozuna Castañeda

APOYO ACADÉMICO
Braulio Aguilar Velázquez y Karla Ximena Salinas Gallegos

José López Portillo y Rojas, *Un pacto con el diablo*
La Novela corta: una biblioteca virtual
Primera edición: 26 de agosto de 2011
Segunda edición: 10 de octubre de 2021

D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s. n.
Ciudad Universitaria, 04510, Ciudad de México.

Esta publicación se realizó con apoyo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México, Proyecto CB 255210

Diseño de colección: Andrea Jiménez
Diseño de portada: Abraham Bonilla Núñez

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)
ISBN: EN TRÁMITE

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.
Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. Una artimaña del Diablo
Braulio Aguilar 5

Un pacto con el diablo
I. Cuando don Hipólito entró en su escritorio 17
II. No pudo resistir don Hipólito el violento choque 33

Noticia del texto 43
José López Portillo y Rojas. Trazo biográfico 45
Notas 49

Una artimaña del Diablo

Braulio Aguilar

En la literatura existen pocas figuras dominadas por la insatisfacción y condenadas a la tragedia como Fausto. En su origen, la historia describe al doctor Johann Faust, quien vivió aproximadamente de 1480 a 1540, como mago, alquimista y hechicero, con poderes sobrenaturales obtenidos mediante un trato con el Diablo. Años más tarde, en 1587, en Frankfurt, la anécdota inicial, ya consolidada como leyenda, fue recogida por Johann Spies en su *Volksbuch* o *Libro popular del doctor Fausto*. La narración adquirió carácter teatral por medio de la adaptación del dramaturgo Christopher Marlowe: *The Tragical History of the Life and Death of Dr. Faustus*, presentada en Inglaterra en 1592. Pero es en *Faust* (1808, primera parte; 1832, segunda parte) donde la poética de Goethe (1749-1832) otorga a aquella confección la complejidad necesaria para favorecer el surgimiento de un mito literario.

Desde entonces, amplia ha sido la cartografía cultural en la cual se ha desenvuelto, significado e interpretado la tradición fáustica. En la era moderna ha cruzado por el teatro, la novela, el poema y el ensayo; no escasas han sido sus referencias en el cine, la pintura y la música, y qué decir de la larga lista de personajes históricos a quienes se les atribuye algún tipo de alianza contraída con Satanás: Teófilo de Adana, el papa Silvestre II, Niccolò Paganini, Giuseppe Tartini, Robert Johnson e Isabel Báthory, entre los más señalados.

En México, la presencia de obras basadas en el *Fausto* de Goethe se remonta a 1864 con la adaptación para ópera de Charles Gounod: *Faust*, estrenada en el Teatro Imperial, seguida de las versiones de Berlioz (*La Damnation de Faust*, 1883) y Arrigo Boito (*Mefistofele*, 1888). En el ámbito literario, Manuel Payno (1810-1894) ciñó la relación demonio-acuerdo-hombre a personajes y costumbres nacionales en *El fistol del diablo* —publicada parcialmente en la *Revista Científica y Literaria* en 1845, versión que experimentó distintas adiciones y modificaciones hasta llegar a su edición definitiva en 1887—. En *Incógnita* (1868; disponible en esta Biblioteca) Justo Sierra incorporó un pasaje referente a Goethe, mientras aventura una línea genética y textual que hermana, por un instante, a ambos Faustos. En tanto, Amado Nervo retomó el linaje de Mefistófeles y lo adaptó, guardando distintas proporciones, a las novelas cortas *La diablesa* (1895) y *El diablo desinteresado* (1916). Sin embargo, es probable que José López Portillo y Rojas (1850-1923) haya sido quien incorporó, con menos variación, el arquetipo del mito fáustico a las letras mexicanas en *Un pacto con el Diablo* (1889).

Esta novela corta se puede dividir en dos espacios y tiempos esenciales para comprender el desarrollo narrativo de don Hipólito, un avaro de 70 años, enriquecido gracias a la usura y la estafa. Para ello, el autor crea una atmósfera lúgubre —mediante la presencia de penumbra en constante relación con una flama—, donde se despliegan ambas partes de la narración que, aunque sencilla, posee una profunda carga simbólica. De esta manera, existe una primera estancia en la cual el personaje construye sus propias tinieblas, tras cerrar con sumo cuidado el cortinaje y la puerta del despacho, para extasiarse con su riqueza. La única luz presente es la que se desprende del fuego de una bujía, a su vez, reflejada en el cúmulo de monedas colocado sobre el escritorio. En medio de este plano sucede el encuentro con el Demonio, se lleva a cabo la propuesta y la firma del contrato.

Se advierte que el protagonista ha erigido una oscuridad ficticia no sólo para mostrar el interior de la oficina, ocultándola al mismo tiempo a los transeún-

tes, sino para revelar su intimidad espiritual. Es en el espacio material —el despacho— donde se instaura la correspondencia con la lobreguez del espacio simbólico —la dimensión interna del sujeto—. Las tinieblas, como sustancia emblemática, representan la espesa negrura de un universo de ideas, deseos y sentimientos. El fuego, por su parte, además de iluminar la habitación, reproduce su luz por medio del destello de las monedas. Es una linterna que guía para comandar ese mundo interno a través de la avaricia y la mezquindad representadas en el tesoro.

En la segunda estancia de la trama, como resultado de la reunión con el visitante maligno, el viejo usurero se encuentra desfallecido en cama. Nuevamente se descubre una bujía encendida en medio de la oscuridad, pero ahora es un ángel quien acompaña al anciano; intenta convencerlo de donar su riqueza para ser admitido en el paraíso. Sin embargo, confundida entre las tinieblas, se alcanza a distinguir la sombra del Diablo quien muestra amenazante un papel, recordatorio del pacto contraído. En este escenario se lleva a cabo el desenlace de la historia, después de una intensa lucha entre las inclinaciones terrenales y espirituales del hombre.

Sin duda, la toma de decisiones, marcada por la mencionada interioridad, impulsa el avance del par de

episodios rumbo al final de la historia. El albedrío es gobernado por la avaricia y constituye el vehículo de condena: representa el trágico derrumbe. Más aún, el acontecimiento esencial, recurso narrativo empleado por López Portillo para articular la novela, radica en exponer la voluntad de don Hipólito para mantenerse fiel a lo convenido en los contratos, sobre todo si son resultado de alteraciones y estafas —como las destinadas a sus deudores—, o si implican un compromiso ventajoso —como el tramado por el Demonio—. Mas ¿por qué la oferta de redención planteada por el ángel no revela una nueva oportunidad de sacar ventaja?, ¿acaso la salvación no es un negocio favorable? Volveré a estas preguntas más adelante.

Ahora bien, en cuanto a la descripción se refiere, las características corporales reflejan un estado de putrefacción. Inicialmente el narrador retrata al individuo lleno de vitalidad, capaz de cargar pesados cofres de hierro. De inmediato, su salud sufre un revés obligándolo a permanecer en cama; el vigor se reduce y con dificultad alcanza a respirar. Su semblante se confunde con el de un muerto: una nariz delgadísima "hasta llegar a la tenuidad y transparencia de una tela de pergamino". Sepultadas las mejillas, dejan "en relieve los pómulos y los maxilares de la calavera". Los ojos, apenas asomados desde "los abismos de las negras ór-

bitas, como si mirase desde el fondo del cerebro". Y las manos descarnadas, "que mostraban los huesos y tendones como disecados". En contraste, el autor proyecta al visitante como un "personaje moreno, de grandes y brillantes ojos, bigote puntiagudo, nariz aguileña, semblante burlón y rigurosamente vestido de negro".

En este punto del capítulo, se preguntará el lector por qué aterroriza mucho más el perfil del hombre en comparación con el del Demonio. Veámoslo desde la relación interior-exterior: porque la imagen se corresponde con el estado de sus aspiraciones; coexisten en una mezquindad tal que se refleja, incluso, en el ímpetu para vivir. Don Hipólito —repertorio de defectos e insatisfacciones— se ha guardado todo, privándose de la vitalidad contenida aun en los placeres más sencillos. Porque mientras busca poseer no vive; la ambición lo ha encaminado exclusivamente a la muerte, sin haber tenido en verdad una conexión con el mundo sino a través del fraude.

No es una casualidad que así suceda, puesto que posee la capacidad de dominar ese vínculo mediante la manipulación de la realidad. A diferencia de la obra de Goethe, donde Mefistófeles modifica el entorno para satisfacer a su acompañante, en *Un pacto con el Diablo* es el otro quien altera los contratos para que resulten satisfactorios a sus deseos, convirtiéndolo, en ese sentido,

en un maléfico simulador de lo real. Pronto esos anhelos se exteriorizan para interactuar con él —de nueva cuenta se presenta la conjunción interior-exterior—. Satanás alienta la avaricia por medio de un trato que, a todas luces, resulta provechoso para su interlocutor. Sin embargo, éste no se percata del artificio que oculta el siniestro documento. En efecto, una vez firmado el acuerdo, el protagonista comienza a percibir cómo ha echado por tierra su estabilidad. Su salud ha mermado, por consiguiente, la futilidad de su riqueza se pone de manifiesto; además, ha obstaculizado la salvación de su alma y, como resultado, ya no posee control del entorno. El desplome es tal que lo lleva aún más lejos en la fragmentación de su figura hasta alcanzar el dislocamiento del lenguaje, producto de las alucinaciones. Definitivamente ha perdido todo dominio de la realidad.

Para cambiar un poco el rumbo de esta presentación, hablaré de un elemento que quizá resulta obvio señalar, se trata de la conexión entre Fausto y la tradición cristiana. Más allá de mencionar la evidente presencia de uno de los siete pecados capitales —la avaricia— como el mecanismo de arranque de la tragedia compartido por toda la estirpe fáustica, comentaré brevemente la concomitancia entre el texto bíblico y el goethiano —y, por extensión, el de nuestro escritor—, en espe-

cífico, lo referente a la tentación de Satanás. Uno de los paralelos más próximos se encuentra en Jesucristo y su ayuno en el desierto. Como es sabido, Jesús aparta al Tentador mediante la enérgica contundencia de sus respuestas, apoyadas en una férrea voluntad de espíritu. En tanto que Fausto, en un principio, sucumbe, pero a la postre se redime. El Diablo fracasa en el intento de trastocar un consentimiento superior, esto permite que ambos tentados se salven. Sin embargo, volviendo a la presente novela corta, en la petición del ángel a don Hipólito, aunque representa una oportunidad de expiación, ¿qué artefacto opera para que los hechos se resuelvan de distinta manera? La respuesta se descubre en el contrato, el cual imposibilita legalmente al anciano para adquirir la redención. Satanás logra perturbar el orden divino a través de un medio terrenal, con ello obtiene la condena del protagonista. Esta pérdida del paraíso aleja a don Hipólito de Jesucristo y del Fausto alemán y lo acerca al texto primigenio, unificándolo, a su vez, a la raigambre judeocristiana representada por Eva, primer ser quebrantado por el Padre del engaño.

Un pacto con el Diablo es una muestra de la capacidad de transformación de un mito literario para adaptarse y emitir mensajes distintos en épocas y culturas diversas. Aplicando esta idea de trascendencia a nuestro

tiempo: ¿será, acaso, que todo hombre en busca de conocimiento, en realidad escudriña los seductores alcances ofrecidos por la posibilidad de contraer un pacto fáustico?

Como se advierte, no he revelado el contenido del contrato. Baste decir que la formación de abogado de López Portillo y Rojas le permitió urdir un convenio con un fraude implícito que el avaro Hipólito no alcanzó a percibir. ¿En qué consiste este "truco jurídico"? y ¿qué solicitó el protagonista a cambio de su alma? Habremos de averiguarlo en la trama de la novela.

Mientras ello sucede, piensa, curioso lector, en qué estarías dispuesto a pedir —¿o a perder?— a cambio de tu alma…

UN PACTO CON EL DIABLO

I

Cuando don Hipólito entró en su escritorio, cerró cuidadosamente la puerta por la parte de adentro, dando vuelta a la llave y asegurando las barras diagonales de hierro que la cruzaban en forma de X; clausuró plenamente la ventana para evitar las miradas curiosas del exterior, y encendió la bujía para distinguir los objetos en la obscuridad del aposento donde reinaba la noche, a pesar de que lucía el sol esplendoroso por la parte de afuera. Una vez tomadas estas medidas, fuese a la enorme caja de hierro que se levantaba en uno de los ángulos de la habitación como bloque gigantesco, e introduciendo la llave en la misteriosa cerradura y tocando con los dedos algunos resortes mecánicos de arcana correspondencia, abriola suavemente, sin ruido, como si no tuviese tanto peso, tantos goznes y pasadores. Honda expresión de alegría retratose en su rostro a la vista de su contenido, mezcla confusa de grandes talegos y de papeles que apenas cabían en aquel espacioso recinto (a pesar de que bien hubiera podido servir de habitación a un hombre adulto), y quedose contem-

plando breve espacio aquel caos de deslumbrantes y fantásticas riquezas.

Pero no se contentó con esta inspección óptica. Para más avivar el placer, quiso consagrarse a la laboriosa tarea de palpar, contar y recontar su tesoro. Dióse, por tanto, a sacar los talegos, que fue amontonando por el suelo, y los papeles de valores, que colocó sobre la enorme mesa forrada de hule destinada a contar el dinero que se entregaba o se recibía en su despacho. Tenía necesidad de hacer grandes esfuerzos, de cargar pesos considerables y de inclinarse con frecuencia. Se fatigaba, sudaba; pero no parecía echarlo de ver, según la actividad que desplegaba en la ejecución de tan ruda faena. Quien le hubiese visto en aquellos momentos, tan listo y trabajador, habría tenido duda para admitir que fuese aquel el mismo don Hipólito tan canijo y amarillo que bajaba todos los días temblando la escalera de la casa, apoyado en el brazo de un sirviente, y que apenas tenía fuerzas para llegar a su escritorio y dejarse caer en el ancho sillón, de donde casi no se levantaba, y desde donde todo lo miraba e inquiría con ojos inquietos. La avanzada edad y los achaques teníanle postrado, y apenas podía dar algunos pasos sin ayuda de otra persona; sus manos temblorosas trazaban difícilmente la firma en el papel, como si las rindiese el peso de la pluma; y su nombre, después de escrito, era una colección de culebrillas y menudos zigzags tan vacilantes y enredados que apenas podían ser entendidos y apenas tenían forma de escritura.

A pesar de su debilidad, bajaba, no obstante, los domingos y días festivos (en que no había negocios ni concurrían los dependientes) a su despacho, y encerrábase solo en él durante largas horas, hasta que al fin se le veía aparecer en la puerta, al caer la tarde, más encorvado, más viejo y más débil que nunca.

Volvamos a la escena que dejamos pendiente. Cuando don Hipólito hubo acabado de sacar los talegos, fuelos vaciando uno a uno sobre la mesa, y contó el dinero con extraordinario cuidado y sin hacer ruido, como si hubiese temido que alguien le espiase y estuviese aplicando el oído por el exterior para enterarse de lo que hacía y sorprenderle en el momento menos pensado. Y así rodaron por la extensa mesa innumerables monedas de diversos tamaños y colores, de oro y plata, desde las más grandes hasta las más pequeñas, reflejando en su bruñida superficie la luz de la bujía con resplandores misteriosos, parecidos a claridad propia, y semejando en su dispersión y en su refulgencia cegadora constelaciones volcadas de la urna del cielo sobre un espacio encantado. Así fue repasando el anciano todo su numerario, contándole, pesándole, acariciándole con la punta de los dedos y llevando cerca de

los ojos las monedas más nuevas para recrearse con su contemplación y para hacerlas brillar repetidas veces moviéndolas ante la llama.

Terminada ésta faena, diose a examinar los papeles uno a uno: las escrituras de venta, de retroventa y de hipoteca; los simples reconocimientos, las letras de cambio y las libranzas; y, finalmente, los voluminosos líos de billetes de banco de diferentes valores, de diversos matices, nuevos y viejos, y que representaban en su conjunto sumas fabulosas. Y terminado el laborioso recuento permaneció largo rato como en éxtasis ante aquellos montones maravillosos de oro, plata y papeles valiosísimos, gozando con su contemplación como con una visión mágica, y sin darse cuenta del tiempo.

De pronto sintió un terror que le enfrió hasta la médula de los huesos. Acababa de oír ruido de pasos detrás de sí. Su primer movimiento fue el de defender su tesoro. Echose rápidamente sobre la mesa, abarcando con el brazo siniestro un gran hacinado de monedas y papeles, y rápidamente sacó del seno con la diestra un pequeño revólver que dirigió hacia atrás, volviendo al mismo tiempo la cabeza. Y vio, en efecto, de pie a su espalda y junto a él, a un personaje moreno, de grandes y brillantes ojos, bigote puntiagudo, nariz aguileña, semblante burlón y rigurosamente vestido de negro.

—Teneos —dijo el desconocido sin inmutarse—; es inútil que disparéis, pues no podréis herirme, y lo único que conseguiréis será alborotar al barrio y llamar a la policía con el estrépito. No tendréis tiempo para guardar vuestro tesoro, descerrajarán la puerta y os sorprenderán rodeado de talegos y billetes de banco.

—¡Infame! ¡Ladrón! —articuló don Hipólito, temblando como un azogado.

—En efecto —prosiguió con sorna el interlocutor—; pero eso no quita que estéis en mi poder y que hayáis de entrar en tratados. Escoged: o me escucháis un momento con calma, u os arrebato mal de vuestro grado toda vuestra riqueza.

Hubiera querido resistir el anciano, pero no pudo. Una mano de hierro oprimió su diestra obligándole a soltar el revólver, y quedó trémulo y desarmado ante su adversario, que empuñó el arma con ademán desdeñoso, como quien toma un juguete.

—Vamos —murmuró el hombre moreno soltando una carcajada—; ya veis cómo no podéis contra mí. Sed razonable. Serenaos, pues creo vamos a ser buenos amigos. Aun podemos parlamentar, y hay medio de que salvéis vuestras riquezas. Si os avenís a lo que voy a proponeros, no tocaré un solo maravedí vuestro, y podréis volver a colocar los sacos, las escrituras y los billetes de

banco en vuestra ferrada caja de siete pasadores, campanas, resortes y mil otros secretos.

—Estoy en vuestro poder, y bien sabéis que podéis disponer de mí.

—Sentaos, pues, buen viejo, y oídme con paciencia.

Sentose don Hipólito, quieras que no, dominado por la intensa mirada de su interlocutor; pero junto a la mesa y con los brazos extendidos sobre ella para abrazar el tesoro en caso de necesidad, en tanto que el desconocido tomó asiento frente a él, sonriendo con ironía, como ante la impotencia de un niño.

—Sé —continuó—, de dónde proceden vuestras riquezas. Proceden del robo, de la crueldad, de la más inicua y descorazonada avaricia. Habéis prestado a los pobres con escandalosas usuras y convertido al trabajador en esclavo, obligándole a gastar sus fuerzas para cubriros deudas que nunca acaba de pagar. Habéis arruinado a los huérfanos, arrojado de sus hogares a las viudas, obligado a las doncellas a traficar con su honra y a los hombres a buscar un refugio en el suicidio, cuando no en la vil estafa o en el robo a mano armada. Cada una de esas monedas que contempláis con tanta delicia está amasada con lágrimas; cada uno de esos papeles está empapado en sangre de vuestros semejantes. De cada átomo de vuestras riquezas se levanta un acento de acusación; vuestro tesoro es el cuerpo mismo de vuestros delitos.

—¿Quién sois vos para acusarme así?

—Soy el compañero inseparable de vuestras acciones. A todas me he hallado presente, de todas he sido testigo mudo e invisible. Yo vi cuando raspasteis el nombre de vuestro principal para poner el vuestro en el documento que cobrasteis y que fue el principio de vuestra riqueza; yo vi cuando hicisteis firmar a un pobre banquero un contrato de venta simulada de todos sus intereses, bajo pretexto de salvarle de la ruina, y en realidad para posesionaros de su fortuna; yo vi cuando cerrasteis los oídos a toda compasión, aquella terrible noche en que un pobre joven os pedía alguna pequeña espera para salvar su crédito, y no quisisteis otorgársela, obligándole a levantarse la tapa de los sesos; vi cuando arrojasteis ignominiosamente de su humilde casa a una pobre mujer por un préstamo miserable que le hicisteis, sin doleros de sus lágrimas ni de la súplicas de sus hijos pequeñitos que os abrazaban las rodillas implorando vuestra misericordia…

—¿Qué derecho tenéis para calumniarme de ese modo?

—¡Calumniaros yo! Lo que os digo es la verdad, y si queréis que precise hechos y nombres, voy a hacerlo enseguida.

Y en efecto, el terrible acusador refirió pormenorizadamente al espantado anciano crímenes horribles

cometidos por él a causa de su amor monstruoso a las riquezas, pronunciando nombres, señalando fechas, designando lugares, entrando en minuciosos pormenores con tanta seguridad y precisión que don Hipólito se sintió subyugado y no tuvo ánimo para negar cosa alguna.

—¿Sois juez por ventura? —acabó por murmurar desfallecido.

—No —continuó el hombre misterioso—; ni siquiera vuestro sensor. Tranquilizaos, buen viejo, no traigo la misión de castigaros ni la de condenaros. Hace largo tiempo que os cuento en el número de mis servidores.

—¿Quién sois, pues? —interrogó don Hipólito asombrado.

—¿No me habéis reconocido? Soy el Diablo.

Al oírle sintiose confortado el vejete. En lugar de desmayarse o estremecerse, recobró la perdida energía y respiró satisfecho. En efecto, no podía quererle mal y hacía tiempo esperaba su visita. Aun le había invocado varias veces mentalmente y le rendía culto interno de adoración.

—En hora buena —repuso don Hipólito tras breve pausa—; quedo entendido de que sois el Diablo. Ahora sólo me resta saber qué habéis venido a hacer a este lugar y qué pretendéis hacer de mí.

—Por de contado, como bien lo comprendéis, no he venido a robaros vuestro dinero. A la verdad, no me hacen falta fondos.

—¡Ya lo creo!

—¿De suerte que no me tenéis desconfianza?

—Si he de ser franco, debo deciros que no me inspiráis una confianza absoluta.

—¡Cómo! ¿Me juzgáis capaz de bajar a la condición de un miserable ratero? Lo que tenéis no pasa de ser una bicoca.

—Os creo capaz de toda especie de diabluras.

—Es claro… como que soy el Diablo; veo que sois ingenioso.

—Me favorecéis demasiado; decid más bien que amo la lógica.

—¿Y qué me importa la lógica? Es una de las mayores babiecadas que han inventado los dómines… Pero en fin, no perdamos el tiempo. Me habéis preguntado qué ando haciendo por estos sitios y qué pretendo de vos, y debo satisfacer vuestra curiosidad. He venido a vuestro despacho porque sé que tenéis aquí vuestro tesoro y que aquí está vuestro corazón, y reputo este aposento como santuario erigido a mi poder, como una sucursal de mi gran Banco subterráneo. Lo que pretendo de vos es muy sencillo. Sé que somos amigos y que apreciáis mis favores. Sé que tenéis un amor apasionado a los beneficios que os he otorgado, y que antes os dejaríais arrancar las entrañas que soltar una sola de esas piezas de precioso y reluciente

metal que os están deslumbrando con reflejos de sol y luna.

—Es la verdad —dijo don Hipólito con convicción—, me dejaría empalar, ahorcar, descuartizar, quemar a fuego lento, antes que desprenderme de uno solo de mis ochavos.

—Bien, bien —prosiguió con ojos preñados de tierno llanto el Demonio—; veo que no me he equivocado al juzgar vuestras excelentes disposiciones.

—Me habéis hecho justicia.

—Pláceme conocer que mi misión es harto delicada y que está a la altura de mi importancia personal. Voy a deciros algo que os va a sorprender, que os va a parecer incongruente con lo que acabáis de decirme, sobremanera ilógico… bien que la lógica no valga una higa. Pero bien sé mi cuento y me excusaréis; en los negocios de mi incumbencia me haréis la cortesía de creer que no soy de los que se maman el dedo.

—¡Caracoles! ¡Vaya si lo creo, muy señor mío y de todo mi respeto!

—Es, pues, el caso que vengo a pediros una obligación formal, suscrita con vuestra firma, de que nunca, y por ningún motivo, os habréis de desprender de vuestros tesoros.

—¡Ja! ¡Ja! ¿Me juzgáis tan cándido? Eso no necesita escribirse ni firmarse.

—Con eso y todo.

—¿Os mofáis de mí? Vamos, hablando seriamente, ¿creéis que tuviese la debilidad de desprenderme de un solo maravedí, aun cuando me arrancasen la piel o me friesen en aceite hirviendo?

—A decir verdad, os tengo por hombre de bastante entereza en este particular; pero soy desconfiado y me gusta tener en orden todas mis cosas. He ahí el papel que quiero que suscribáis. Dice así:

> Conste por el presente documento cómo yo, Hipólito X, por mi libre y espontánea voluntad, contraigo con el Demonio la obligación de no prescindir jamás, ni por causa alguna, de mis riquezas, suceda lo que suceda.

—¡Bravo! ¡Ese documento merece mi aplauso!

—Firmadle, pues.

—No es necesario.

—Firmadle, os digo.

—Soy demasiado viejo para prestarme a farsas.

—No obstante, habéis de firmar o si no, ¡voto a mi nombre!

Al decir esto, el cornudo monarca lanzó por los ojos dos haces de fuego tan rojos y tremendos que don Hipólito se puso a temblar como la hoja de un árbol.

—A vuestras órdenes —articuló lleno de confusión—. Dad acá el papel. —Y metió la pluma en el tintero para trazar su firma.

—¿Me creéis un chiquillo? —vociferó el Diablo—. ¿Con qué queréis firmar? ¡Con tinta! ¡Valiente cosa! ¿Cuántas veces habéis firmado con tinta y habéis desconocido vuestro nombre y vuestra rúbrica? Conozco vuestras artimañas. Unas veces hacéis la letra de un modo y otras de otro. Vuestra rúbrica cambia todos los días. Tenéis un desplante maravilloso para negar vuestra firma; no merecéis mi confianza.

—¿Pues qué queréis que haga?

—Quiero que firméis con la sangre de vuestras venas, conforme al uso antiguo. Aquí tenéis un punzón a propósito para sacárosla. Picaos el brazo izquierdo, que es del corazón, y recibid el rojo humor en este vaso de cristal.

—¡Herirme con mi propia mano! ¡No me siento capaz!

—Acabaréis por hacerme perder la paciencia, don Hipólito. Escoged: u os avenís a hacer lo que os exijo, y quedamos buenos amigos y conserváis vuestras riquezas, u os negáis a darme gusto y entonces hago desaparecer en un momento a vuestros ojos esos montones de oro, plata y efectos de comercio.

Don Hipólito sufrió un espasmo nervioso. De lívido que estaba, tornose verde y azulado, y sin vacilar

más cogió el punzón de manos del Diablo, levantose la manga del saco y descubrió el brazo siniestro, verdadero brazo de momia, hueso cubierto con pergamino amarillo y surcado por venas descarnadas, que a pesar de pobres y anémicas, se levantaban sobre la flaca armazón a manera de enredadas culebras. Escogió la más mísera para no herir una arteria y, cerrando los ojos para no ver lo que hacía, se pinchó con la punta acerada. Brotó la sangre en forma de hilo carmíneo y describiendo una leve curva fue a caer en el vaso que tenía apercibido el Demonio. Recogido suficiente licor para el caso, posó el terrible huésped la punta del índice sobre la herida y cicatrizola en el acto, cauterizándola.

—Así me gusta —dijo el Diablo satisfecho—. Ahora, firmad. —Y alargó a don Hipólito la pluma tinta en aquella sangre.

Empuñola el anciano con mano trémula, y a costa de indecible esfuerzo trazó en el papel su nombre y luego la enredada rúbrica, semejante a reja de cárcel, llena de líneas entrecruzadas y de rasgos enmarañados; rúbrica de hombre desconfiado, que teme las falsificaciones y aspira a hacer laberintos de líneas que nadie pueda imitar.

Hecho esto, recogió el Diablo el papel, examinole atentamente y llevole a la nariz aspirando con fuerza el olor de la sangre.

—Bien —dijo—; ahora sí que tengo confianza. Me pertenecéis por completo y no podéis escaparos ya de mi poder. Esta sangre vuestra, que sirve de sello a vuestra obligación, es la mejor prenda que hubierais pedido acordarme, porque clama contra vos. Por más que quisierais negar vuestro compromiso, no lo lograríais, porque aquí está parte de vos mismo, y los espíritus superiores conocen bien a los hombres y saben distinguir sus efluvios. Tomad mi mano; queda hecha nuestra perpetua alianza.

Al estrechar la mano de su interlocutor, sintió don Hipólito que se le abrasaba la diestra y la retiró con viveza.

—Es fuerza —dijo el Diablo riendo— que os vayáis acostumbrando a la lumbre; tarde o temprano tendrá que ser vuestro elemento, como el de la salamandra.[1]

Don Hipólito no respondió; estaba agotado por la emoción.

—Me inspiráis compasión, pobre amigo —prosiguió el Diablo—; veo que la escena os ha debilitado las fuerzas. Debo daros una prueba de mi benevolencia. Sospecho que no podréis por vos mismo volver a la caja vuestro numerario y vuestros documentos. Sería largo y penoso. No os mováis, pues; todo se hará sin que os deis la menor pena.

Al decir esto, levantó el Diablo la punta del índice y volvieron las monedas por sí mismas a los sacos, tornaron a formarse los líos de billetes y los legajos de documentos, y fueron entrando automáticamente los talegos y los papeles en la caja y acomodándose con orden riguroso, hasta quedar en la misma disposición en que se hallaban al principiar la escena.

—Ahora, cerrad la caja con vuestra llave misteriosa —murmuró el Diablo con acento burlón—; por mi parte he concluido. ¡Hasta la vista!

Fuese desvaneciendo poco a poco, en efecto, la figura del tremendo personaje; tornose vaporosa y transparente y se deshizo en el espacio, dejando en la retina de don Hipólito, como última impresión, una risa en forma de media luna, unos dientes de blancura deslumbrante y unos ojos insolentes y burlones.

Quedó todo en silencio. La bujía derramaba roja claridad en la estancia, haciendo crecer y decrecer las sombras con las oscilaciones de su llama. La caja permanecía abierta y el tesoro mirábase amontonado en su interior, como si no hubiese sido removido. Pasose la diestra por la frente el anciano y casi llegó a creer que había sido víctima de una horrible alucinación; pero al ver el vaso untado con su propia sangre y la pluma roja con el humeante licor, comprendió que todo era verdad y se sintió sobrecogido de espanto. Cerró la caja con

sumo trabajo y arrastrose hacia la puerta, que no pudo abrir porque carecía de fuerzas. No le cupo más recurso que gritar y golpear la madera con la enorme llave, hasta que acudió la servidumbre.

—Abridme —dijo. He sufrido un síncope. ¡Pronto, que me muero!

Cuando entraron los sirvientes en el despacho, le hallaron privado de conocimiento, y tendido en el suelo cuan largo era. Condujéronle en brazos a su aposento, metiéronle en el lecho y llamaron al médico.

—Es la vejez que se lo lleva —dijo uno de los criados.

—Es la avaricia —repuso otro.

—Es una enfermedad cerebral —opinó un tercero—. Don Hipólito está loco. ¿No le habéis oído hablar solo en su despacho durante varias horas? ¿No le habéis sentido ir y venir por la estancia con ligereza, siendo que apenas puede moverse? No cabe duda, el pobre señor ha perdido la chaveta.

II

No pudo resistir don Hipólito el violento choque de la escena que acabamos de relatar. Su endeble naturaleza resintiose profundamente de tantas y tan fuertes emociones como experimentó, y la escasa fuerza vital que la animaba debilitose rápidamente y comenzó a abandonarla. Examinado escrupulosamente por afamados doctores, el mal fue declarado irremediable. Realmente don Hipólito no era tan viejo como parecía, pues pasaba apenas de los setenta años; pero estaba tan usado y gastado, como si su organismo hubiese funcionado durante dos o tres siglos. Y era que la lucha constante por allegar riquezas y por conservarlas, habíale impuesto todo género de sacrificios de alma y cuerpo, obligándole a sofocar los instintos generosos de su naturaleza, a acallar la voz de la piedad, a menospreciar los dictados de la conciencia, a someterse a todo linaje de privaciones y a vedarse toda suerte de placeres, desde los de la paternidad, hasta los del alimento y el vestido. Así era como se había aniquilado. No había amado nunca por no caer en el abismo del matrimo-

nio, que le hubiera obligado a emprender y sostener grandes gastos; y había pensado con horror en los hijos, como en una causa perpetua de exacciones pecuniarias. Solo en el mundo como se hallaba había podido entregarse a sus anchas, a sus sórdidas inclinaciones, desarrollando todo un programa de estrechez y laceria, que no hiciera mal papel junto a los de Harpagón y del licenciado Cabra.[2] Así comía lo estrictamente necesario para no morir de inanición, comprándose él mismo los alimentos, baratos y malos, regateándolos y pagándolos en moneda lisa, o falsa, cuando podía engañar al comerciante, y haciéndolos durar varios días, aun cuando estuviesen hediondos y descompuestos. Su mobiliario era el de un estudiante pobre: se componía de una cama de bancos y tablones con jergón de paja, y algunas sillas desvencijadas, todo mal oliente y falto de aseo por no pagar la limpieza. Su traje fue siempre mezquino como el de un pordiosero. Jamás entró en modas; habrían podido servir las prendas de su vestido como preciado ejemplar de antigua indumentaria, a no haber estado tan cochambrosas y llenas de remiendos. Muchas veces anduvo casi descalzo, porque se rompieron sus zapatos, y no se compró nuevos ni los mandó remendar por temor al gasto; hasta que alguno de sus dependientes le regaló un par de botas para tenerlo grato, y él se las puso, lleno de júbilo, pero sin recompensar el beneficio.

Habíase tratado a sí mismo como a un enemigo. Un inquisidor, en caso de herejía, no le habría sometido a mayores torturas que las que se había impuesto para aumentar su inútil tesoro. Jamás disfrutó alguno de los goces que tanto seducen a la humanidad: ni el de un hogar afectuoso, ni el del bullicio mundano, ni el de las divinas artes, ni el de la caridad, ni aun el de beber una jarra de leche espumosa o un trago de aguardiente, como cualquier labrador o ganapán. Había pasado por la vida exento hasta de vicios, por economía; había llegado a la vejez con el corazón seco, sin haberla nunca disfrutado.

Tan ruda faena habíale empobrecido la sangre, aflojado los nervios, atrofiado los músculos, descompuesto la máquina y héchole vivir como una sombra.

No había, pues, en él, *sujeto*,[3] según el lenguaje gráfico de los facultativos; así lo declararon éstos después de una cuidadosa inspección del paciente. Todo se puede intentar y esperar cuando hay una naturaleza vigorosa, una fuerza enérgica de resistencia que se opone a la destrucción; pero ¿qué es posible hacer de una máquina desvencijada y salida de su centro, que amenaza ruina por todas partes y está cubierta por la herrumbre y comida por la polilla? El único remedio para tal desquiciamiento sería el de volver las moléculas a su estado primitivo y amasar de nuevo el ser descompuesto,

como se refunde el metal para acuñar segunda vez la moneda; pero ningún doctor salido de las universidades conoce esa química fundamental…

Declarose, pues, el caso desesperado, y que don Hipólito se moriría sin remedio. Y, en efecto, viose palpablemente que los espíritus vitales fueron abandonando al pobre viejo, que cayó postrado y fue tomando poco a poco los rasgos y perfiles de un difunto. Hundiéronsele las sienes, formando cavidades grandes y oscuras; adelgazósele la nariz hasta llegar a la tenuidad y transparencia de una tela de pergamino; enjutáronsele las mejillas, dejando en relieve los pómulos y los maxilares de la calavera; sumiéronsele los ojuelos inquietos y desconfiados en los abismos de las negras órbitas, como si mirase desde el fondo del cerebro; y una palidez mortal, que comenzó amarilla, siguió verde y remató en plomiza, extendiose por toda su faz de aparecido. Apenas respiraba; alzábase levemente a grandes intervalos su pecho deprimido y lanzaban sus secos y delgados labios soplo levísimo, que apenas podía escucharse aplicando el oído atentamente. Miraban con fijeza sus pupilas vidriadas, haciendo estremecer de terror a los circunstantes por su expresión hosca y extraña; y sus manos enflaquecidas, que mostraban los huesos y tendones como disecados, se levantaban al espacio, saliendo de debajo de las sábanas, en misteriosos

ademanes, como de conversación callada con seres invisibles y como si cogiesen hilos tenues que anduviesen flotando en la atmósfera.

Decía palabras incoherentes, que nadie podía descifrar, y solamente a las veces oíansele con claridad algunas frases pronunciadas con acento hueco y estentóreo, como si salieran de debajo de la tierra; y eran todas al tenor de estas:

—Doce por ciento de interés.

—No hay dinero.

—Perdone por Dios.

—¡Retroventa o hipoteca!

—Estoy cerca del millón.

—¡Mi oro, mis pesos fuertes, mis escrituras!

—No devuelvo ni un centavo.

—Listo; suceda lo que suceda.

Evidentemente, debilitábase su razón y era presa de alucinaciones extraordinarias; pero todas del mismo orden y siguiendo el género de ideas que le habían preocupado toda la vida.

Repentinamente, notó el moribundo que una gran claridad se derramaba sobre su lecho. Volvió el rostro y vio cerca de sí un ángel bellísimo, que inclinaba sobre él la faz esplendorosa en ademán suplicante. Recogidas las alas irisadas, plegábanse llenas de suaves reflejos; su vestidura blanca era como la nieve nunca hollada de

las cimas; su cabellera parecía de rayos luminosos; y en su frente pura y tranquila mirábase fulgurar el sagrado nimbo. Don Hipólito se estremeció de alegría y no pudo menos de murmurar:

—¡Ángel de Dios, cuán hermoso eres! ¿Qué misión traes a la cabecera de mi lecho?

—La misión de salvarte —respondió el ángel con voz dulce y acordada, como ráfaga de primavera.

—¡Bendito seas! Llévame en tus alas. Estoy en un potro y necesito descanso.

—Te llevaré hasta el trono del Altísimo, donde no hay dolores ni fatigas, sino eterna alegría y dicha cumplida; pero antes es preciso que te hagas acreedor a esta gracia, lavando de culpa tu espíritu.

—Pronto estoy a hacer cuanto me ordenes.

—Arrepiéntete de tus extravíos.

—Me arrepiento de todo corazón.

—Perdona a tus enemigos.

—Les perdono.

—Repara cuanto sea posible los males que has hecho.

—A nadie le he hecho daño. Nunca mis manos han derramado sangre de mis semejantes. La embriaguez no ha turbado nunca la claridad de mi razón. No he deshonrado vírgenes, ni seducido esposas, ni echado al mundo hijos bastardos que hayan podido afrentarse de su origen y sumirse en la perdición.

—No sólo así se agravia a la justicia. Has hecho males tal vez mayores.

—No me remuerde la conciencia.

—Tienes un caudal, fruto del fraude, de la rapiña y de la crueldad. Has lanzado a la miseria y al crimen a incontables familias y no has tenido compasión de tus hermanos.

—He trabajado por formarme una fortuna como todos los otros.

—Pero la has formado a costa de ellos. Pesan sobre ti grandes delitos; no podrás entrar en el cielo si no lavas esas manchas.

—Me arrepiento de mis malas obras.

—No es suficiente.

—¿Qué más debo hacer?

—Devolver el dinero que has usurpado. Ordena a tus testamentarios que lo hagan.

—Imposible: han muerto casi todos mis clientes.

—Pues que tu fortuna sea repartida entre los menesterosos, para que ellos pidan a Dios por tu eterno descanso.

—Fruto es de mi trabajo; a ellos no les ha costado ningún esfuerzo allegarla.

—Pero a ellos les pertenece, porque está formada de su sangre.

—Superior a mis fuerzas es el sacrificio.

—¿Qué te importa dejar a otros tu riqueza, si vas a morir y no puedes disfrutarla?

—Dejo ya encargado en mi testamento que sepulten conmigo todo mi numerario, mis billetes y mis escrituras. Me será llevadera la soledad de la tumba sintiendo cerca mi tesoro.

—Deliras: es un nuevo delito tu proyecto.

—No me es dado tener otros pensamientos.

—Entonces no hay remisión; me alejo. Lamentarás eternamente no haber dado oído a mis súplicas.

—No partas tan presto; espera todavía.

—Es inútil, si no te convencen mis palabras.

—¡Por piedad!

—Adiós; no puedes volar al cielo cargado con el peso de tus caudales. La muerte es semejante a las tempestades del océano: es preciso arrojar la carga al mar para evitar que el barco se hunda.

Dos brillantes lágrimas, semejantes a las estrellas que titilan en el cielo a la caída de la tarde, rodaron por las mejillas del ángel, cuyas alas se abrieron para ganar las alturas. El moribundo hizo un esfuerzo; pintose la lucha en su rostro, una vacilación infinita retratose en su fisonomía cadavérica. ¡Cómo! ¡Desprenderse de su caudal, hecho a costa de tantos sacrificios, de tantas privaciones y de tantos remordimientos; y darle sin retribución, sin rédito, a la turba ignorada, a los harapientos habituados a la miseria, para que lo disfrutasen, hartándose, vistiéndose nuevos trajes, instalándose en habitaciones cómodas, cuando él había llevado vida de mendigo y nunca se había permitido ningún placer!… Pero ¡qué terrible desamparo el suyo, si le abandonaba el mensajero celeste! ¡Perder aquellos momentos supremos en que iba a resolverse el problema de sus destinos eternos, y despeñarse en el piélago insondable de la desesperación!

Abría ya los labios para pronunciar la palabra de salvación y de renuncia, cuando sintió atraída su atención hacia el lado opuesto del lecho, que confinaba con el muro. Volvió el rostro, y a la roja llama de la bujía, que velaba a distancia, vio dibujarse en la pared la negra silueta del Demonio. Temeroso de la presencia del ángel, no osaba Satanás presentarse en persona; mas enviaba al muro desde a distancia su siniestra sombra. Gesticulaba epilépticamente, tratando de disuadir a don Hipólito de su buena intención. “No, no”, decía la figura con cabeza y manos, mostrando los puños en señal de amenaza; y levantaba y bajaba agitando los brazos un objeto que por de pronto no conoció don Hipólito, pero que acabó por distinguir claramente. Era aquel contrato por el cual se había obligado a no desprenderse jamás de sus riquezas. Aun le pareció, en medio de la sombra, ver brillar en él su nombre escri-

to con caracteres de fuego y resplandeciendo con luz sobrenatural, que encadenaba su alma misteriosamente y la privaba de libertad. Recordó los términos del compromiso: no se desprendería de sus riquezas en ningún caso, y el Diablo se las conservaría y le garantizaría para siempre su posesión. ¡El Demonio hallaría medio, siendo tan poderoso, de que aun en el sepulcro pudiese conservar su tesoro por toda la eternidad!

Oyó confusamente que el ángel sollozaba:

—Los momentos son preciosos; haz el sacrificio y el cielo será tuyo. Dentro de un instante será tarde.

Pero, dominado por su codicia diabólica, cerró el viejo los oídos a las voces del cielo y dijo rechinando los dientes:

—¡Mi dinero no será de los pobres!

Y expiró.

NOTICIA DEL TEXTO

Publicada originalmente con el título *La mueca del Diablo*, la presente novela apareció por primera vez en las páginas de *La República Literaria* (año IV, t. V, marzo 1889-marzo 1890, pp. 634-639, 660-672), revista fundada en Guadalajara por José López Portillo y Rojas. Para 1900, en el tomo II, *Novelas cortas I* de *Obras*, (Biblioteca de Autores Mexicanos, 27), editado por Victoriano Agüeros, la segunda, y última, publicación de la novela se da a conocer con el nombre de *Un pacto con el Diablo* —versión de la cual procede la edición aquí presentada.

JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS
TRAZO BIOGRÁFICO

José López Portillo y Rojas nació en Guadalajara, Jalisco, el 26 de mayo de 1850. Su primera vocación fue la medicina, carrera que abandonó para titularse como abogado en 1871.

Sus padres, Jesús López Portillo y María Rojas, lo apoyaron para realizar un viaje de tres años por Estados Unidos, Irlanda, Escocia, Inglaterra, Francia, Italia, Egipto y Palestina. Recogió esa andadura en su primer libro: *Egipto y Palestina. Impresiones de viaje* (1874).

De regreso a la ciudad natal, se desempeñó como abogado y profesor en la Escuela de Jurisprudencia. En 1875 contrajo matrimonio con María Gómez Luna (fallecería tres años más tarde), con quien procreó tres hijos. En calidad de diputado al Congreso de la Unión, se trasladó a la Ciudad de México para el periodo 1875-1876; sin embargo, no concluyó su gestión debido a la caída del gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada.

A la par del ejercicio de la abogacía en Guadalajara, López Portillo se dedicó al periodismo en *El Eco Social*

y *Las Clases Productoras*; asimismo, se integró a la Alianza Literaria, fundada por jóvenes tapatíos.

En 1880 volvió a la Ciudad de México, donde su amistad con Manuel M. Flores, también diputado, daría como resultado la publicación de *Rosario la de Acuña* (1920).

En Guadalajara, abrió un bufete y volvió a ser diputado local. En 1884 se casó con Margarita Weber, con quien tendría diez hijos. Ocho años después, volvió a residir en la Ciudad de México, esta vez en calidad de diputado suplente (1890-1892). A partir de esta década, no abandonará la política estatal, carrera que culmina con la gubernatura de su estado en 1912. De ahí pasó a ser ministro de Relaciones Exteriores durante el gobierno golpista de Victoriano Huerta.

En colaboración con Manuel Álvarez del Castillo y Esther Tapia de Castellanos fundó *La República Literaria* (1886-1890), revista difusora de ciencias, artes y letras. En esos años colaboró en otras publicaciones tapatías: *El Imparcial*, *El Abate Benigno*, *La Juventud Literaria*, y en los periódicos capitalinos *El Nacional* y *El Mundo Ilustrado*, así como en *Semana Literaria Ilustrada* y la *Revista Moderna*.

En 1898 publicó la novela *La parcela*, una de sus obras más reconocidas. Después aparecieron *Novelas cortas* (1900), *Sucesos y novelas cortas* (1903), *Los precursores* (1909) y *Fuertes y débiles* (1919). Con *La novela* (1906), trabajo de reflexión teórica, ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua, de la cual fue director desde 1916 hasta su deceso. Además de narrador, López Portillo fue poeta y dramaturgo.

En 1922 fue nombrado profesor de la Facultad de Jurisprudencia en la Universidad Nacional de México. Sin embargo, su cátedra duraría poco debido a las complicaciones de salud que ocasionaron su fallecimiento el 22 de mayo de 1923.

NOTAS

[1] Los textos sagrados describen a la salamandra como un ser impuro, portador de mácula: "Y tendréis por inmundos a estos animales que se arrastran sobre la tierra: la comadreja, y el ratón, y el lagarto según su especie. La salamandra, y el cocodrilo, y la lagartija, y el estinco y el camaleón". Levítico (11:29-30), *Nueva Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1999. La relación emblemática de la salamandra con el fuego se establece desde la antigüedad; al respecto, Gravelot y Cochin, escriben: "los antiguos creían que la *salamandra* vivía en el fuego, y la habían hecho por esto emblema de este elemento". [Charles-Nicolas Cochin y Hubert-François Gravelot], *Iconología o tratado de alegorías y emblemas*, México, Imprenta Económica, 1866, p. 154. Por su parte, san Agustín la utiliza como ejemplo, en *La ciudad de Dios*, para explicar cómo los cuerpos de los condenados arderán eternamente. San Agustín, "¿Pueden vivir perpetuamente los cuerpos en el fuego?", *Obras de san Agustín*. *La ciudad de Dios*, t. XVII, José Morán (edición), Madrid, Editorial Católica (Biblioteca de Autores Cristianos), 1958, pp. 1541-1542.

[2] Harpagón, personaje de *El avaro* de Molière. Descrito como un hombre de avanzada edad y disminuido en sus faculta-

des físicas, cuyo único interés es acumular dinero. Incapaz de desprenderse de alguna de sus posesiones, su comportamiento está supeditado a la ganancia económica. El licenciado Cabra es un personaje de la novela *La vida del buscón llamado don Pablos* de Francisco de Quevedo. El licenciado, un anciano decrépito y malhumorado, tiene por oficio la crianza de los hijos de caballeros. Escatima todos los recursos con los que cuenta y reduce al máximo los gastos que realiza.

[3] En la época, "la actividad, vigor y fuerzas de la persona; y así suelen decir del enfermo muy extenuado: no hay sujeto". *Diccionario de la Lengua Castellana*, Madrid, Imprenta de don Manuel Rivadeneyra, 1869.

Un pacto con el diablo se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 10 de octubre de 2021. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12,10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de Norma B. Cano Yebra. La edición estuvo al cuidado de Braulio Aguilar y Gabriel M. Enríquez Hernández.